



EL CIRUJANO DE LAS INDIAS

Jacinto Rey





Primera edición en esta colección: Junio de 2007

© Jacinto Rey, 2007

© de la presente edición, 2007, Ediciones El Andén, S.L.
Avenida Diagonal, 520, 4.º, 1.ª - 08006 Barcelona

Printed in Spain

ISBN: 978-84-935758-3-0

Depósito legal: B. 27.173-2007

Fotocomposición: Lozano Faisano, S. L. (l'Hospitalet)

Impreso por: LIBERDÚPLEX, S.L.U.

Ctra. BV 2249 Km. 7,4. Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

EA 5 7 5 8 3 0





A mi padre y a Antonio Aguirre
In memoriam







Agradecimientos

Quiero expresar mi gratitud, por el apoyo y los consejos recibidos durante la elaboración de este libro, a mi hermano José Manuel, a Pilar Espinosa y a mi gran amigo Fernando Mariño. Me encuentro asimismo en profunda deuda con mi agente Antonia Kerrigan, así como con Martí Sales y el resto del equipo editorial de El Andén, por la confianza depositada en un autor que todavía está aprendiendo a escribir.

Vaya también mi agradecimiento a mi hijo Diego, por su inagotable alegría; a mi mujer, por su infinita paciencia; a mi abuela, que me abrió las puertas del paraíso de la palabra, y a mi madre. Sin ellos, estas páginas no habrían llegado nunca a existir.





1

«¡Las naves a pique!» «¡Las naves a pique!»
La voz del almirante Velasco, ronca y desesperada en el ocaso de la batalla, habría de perseguirme en el recuerdo hasta el final de mis días.

«¡Las naves a pique!»

El grito corrió de galeón en galeón como el viento en un acantilado, y no pude evitar un escalofrío al divisar en la lejanía el mástil de la nave capitana, el galeón *Jesús María y José*, que se desvanecía bajo el espejo del mar.

Apenas una hora antes el almirante Velasco me había comunicado en aquel navío las órdenes que habrían de alejarme del combate y salvado mi vida del naufragio. No era buen momento para detenerse, por lo que me obligué a apartar la vista —y el alma— de aquella batalla perdida. A pesar de nuestro atuendo campesino, temía que la piel atezada por semanas de mar despertase recelos entre la población, y deseaba alejarme cuanto antes de la costa para evitar una emboscada de las tropas inglesas tras su desembarco.

Durante mis largos años en las colonias había servido al rey no sólo en mi oficio de cirujano, sino también como soldado, escribano y aventurero. Me extrañaba, no obstante, que don Manuel de Velasco hubiese decidido prescindir del cirujano mayor de la flota cuando los heridos se amontonaban en cubierta. Quizás el Almirante consideraba la batalla perdida, y por ello le resultaba



indiferente el destino de sus hombres, instrumentos devenidos inútiles.

Levanté la vista hacia la bahía anegada de aceite, madera y llamas. Las tropas inglesas se adentrarían pronto en tierras de Galicia y saquearían casas e iglesias en busca de cualquier tesoro que los galeones no hubiesen arrastrado al fondo del mar.

La decisión del almirante Velasco de conducir la Flota de Oro hacia Vigo había resultado nefasta, y aún más grave la indecisión durante la descarga de los galeones, que había dado tiempo a los luteranos para abatirse sobre nuestros barcos. De nada habían servido la santa misa oficiada al amanecer, la bendición del limosnero antes de la batalla y las súplicas al cielo para que maldijese a nuestros enemigos. Lo mejor de la flota española: catorce galeones mercantes y tres de guerra, dos pataches, un barco auxiliar, quince navíos, tres fragatas, un brulote y un aviso, así como la escolta de navíos que Luis XIV de Francia había puesto a disposición de su nieto Felipe V, rey de las Españas, yacían en el fondo de la bahía de Vigo con buena parte de sus riquezas.

Desde nuestra partida de La Habana, semanas atrás, la flota sólo había hecho una pausa en las islas Azores antes de su llegada a tierras españolas. Después de tantos días sobre un navío mis piernas se tambaleaban en tierra firme, y la sensación de zozobra se veía agravada por la impotencia que, como físico y cirujano, me causaba la muerte de tantos hombres. A pesar de mis treinta años me sentía viejo y cansado, aunque contento de seguir con vida tras aquel azaroso viaje desde las Indias y la batalla con la soldadesca protestante.

A mi lado caminaba mi buen amigo Iñigo, el Toledano, con el acero de su espada trasluciendo bajo el sayo campesino. Cuando el almirante Velasco me había invitado a escoger a un hombre entre la tropa para acompañarme, elegí sin vacilación al Toledano, cuyo valor y lealtad había comprobado en numerosos lances. Juntos habíamos defendido la bulliciosa ciudad de Panamá del ataque del pirata Coxon



—a cuenta de cuyo testículo, supuestamente perdido en un anterior ataque a Santa Marta, había hecho canciones toda la ciudad— y tomado un fortín al asalto en Haití, envalentonados por el ron y bajo una lluvia de pólvora. A pesar del humor ceniciento que había crecido en el Toledano con los años, se había convertido en mi más leal y mejor amigo.

Nos hallábamos en la última luna de octubre de 1702 y los días empezaban a acortarse. Mi intención era alejarnos lo más posible de la costa aprovechando las últimas horas de luz, y pasar la noche protegidos por una de las florestas que poblaban los fértiles valles de Galicia. Al día siguiente proseguiríamos camino hacia el monasterio benedictino de Poio en el que, según las instrucciones del Almirante Velasco, deberíamos permanecer hasta la recogida del cargamento. En un bolsillo interior de mi camisa, bajo la capa raída, guardaba una carta destinada al abad del monasterio, así como un sello con el que habría de verificar la identidad del emisario que se presentaría, con otro idéntico, a recoger la carga.

Los bueyes arrastraban con dificultad la carreta de pino, cubierta por bastos lienzos. A juzgar por el sigilo que había demostrado el Almirante Velasco al comunicarme sus órdenes, suponía que bajo aquellas telas se ocultaban perlas, diamantes, amatistas, collares, ámbar o esmeraldas. Por muy valiosa que fuese su carga, sin embargo, aquel carro no valía la vida de un hombre, y mucho menos la mía o la de mi amigo. En mis años en las colonias había experimentado la brutalidad de la guerra y el escaso valor de la vida humana. La crueldad de los colonos españoles con la población indígena se equiparaba a la de sus antiguos caudillos. ¿Acaso habíamos vencido a aquellos salvajes para acabar diezmando a los indígenas en nuestras encomiendas? ¿No tenían los indios alma y, por tanto, derecho al paraíso y la salvación?

El Toledano no había abierto la boca desde nuestro descenso a tierra firme. Tiraba de la yunta con el gesto absorto. Su cara estaba manchada de betún y sus ojos rezumaban la amargura de quien ha participado en muchas batallas.



—Si la flota se hubiese parapetado en otro puerto —dijo— hubiésemos podido defenderla.

El Toledano miró hacia el cielo mientras hablaba, como si esperase una respuesta de las nubes.

—Los ingleses nos doblaban en número —repliqué— y sus cañones eran más poderosos: no habría servido de nada.

—Se sabía de la llegada del enemigo desde hace un mes. ¿Por qué no se reclutaron milicias y se pertrecharon los fuertes con más cañones?

—Los milicianos, Toledano, corrieron de vuelta a sus casas al primer disparo de arcabuz. La batalla estaba perdida desde antes de comenzar.

—Aunque así fuese, los que mandaban no hicieron nada para ganarla.

Anocheceía, por lo que decidimos buscar un lugar al margen del camino para ocultar el carro y pasar la noche. Nos habíamos alejado casi dos leguas del lugar del combate, y resultaba más seguro hacer una pausa en el camino que arriesgar, agotados, un encuentro con soldados enemigos o salteadores.

Desde el alba, antes de que se iniciara la batalla, no habíamos probado alimento alguno. Por añadidura, cargábamos con la hambruna acumulada durante la travesía, pues las dos comidas diarias a bordo de un galeón nunca satisfacían el apetito de un hombre. Al inicio de la travesía la pitanza no era mala, y constaba de carne, verdura y frutas; cuando éstas se acababan le tocaba el turno a las legumbres y, en los últimos días de mar, lo único que había para comer era tasajo, miel, queso y aceitunas.

Dimos cuenta del pan y del queso que llevábamos en nuestras alforjas y, mientras el Toledano hacía la primera guardia, me tumbé sobre un manto de helechos a sabiendas de que sería incapaz de dormir.



Nos pusimos en camino al despuntar el alba. En la lejanía repicaban las campanas de una iglesia, alertando a los moradores de los pueblos vecinos de la presencia de atacantes ingleses. Como después llegué a saber, las tropas enemigas saquearían Redondela y el convento de San Francisco en la isla de San Simón, además de innumerables casas e iglesias. Poco podrían hacer frente a ellas las tropas del príncipe de Barbazón, muy mermadas de ánimo y efectivos.

Ante nosotros teníamos un recorrido de cuatro leguas hasta el monasterio de San Juan de Poio. Rodeamos la villa de Pontevedra hacia el mediodía, y antes del ocaso alcanzamos las puertas del monasterio. Hasta sus muros habían llegado rumores del ataque protestante en Vigo y de la inseguridad en los caminos, y el monje que custodiaba la entrada nos hizo aguardar mientras comunicaba a sus superiores nuestra presencia.

Tras una larga espera nos fue permitido el acceso al recinto monacal. El abad, un hombre de aspecto bondadoso y mirada felina, leyó con semblante endurecido la carta del Almirante Velasco. Sin hacer ningún comentario sobre ella, nos invitó a dejar los bueyes en las caballerizas y a alojarnos en la hospedería.

Nos refrescamos en la alberca del monasterio y, rechazando el ofrecimiento del abad, nos aposentamos sobre la paja fresca de las caballerizas, junto a nuestros bueyes. La tarde transcurrió con lentitud y, mientras el Toledano dormía sobre el suelo empedrado, me tumbé junto a la puerta con la cabeza apoyada sobre mi estuche de cirujano, del que no me separaba nunca. Aquel estuche de carey, con chapitel y cadenilla de plata, me había acompañado durante largas travesías. En él llevaba mis lancetas de sangrar, una sierra, navajuelas de plata, espejos guarnecidos de ébano, pinzas, un verdugillo, tijeras, un gatillo de sacar muelas y un botador, así como escarbadores de cobre, cauterios, una pinza, limas y algunas sustancias vegetales y animales para la preparación de medicamentos.

Debido a las circunstancias de nuestra partida, había tenido que



dejar atrás mis más valiosas pertenencias: un tratado de apostemas, el *Fragoso de Cirugía Añadido*, el *Tratado Breve de Flebotomía*, un tratado de peste y *La Instrucción de Enfermos*, así como varias camisas, calzones de roán, sombreros y una colcha de campeche a la que tenía gran aprecio. Lo único que había conseguido salvar del naufragio era mi estuche de cirujano y la ropa que llevaba puesta: una camisa remendada, un vestido con calzón de Damasco y una capa de bayeta raída, así como un rosario engarzado en plata.

Al atardecer, un monje calvo y de ojos hundidos nos trajo unas escudillas con carne de salazón, así como una jarra de vino para cada uno. Cuando dispusimos de ello había caído la noche y las estrellas apuntaban en el cielo. Salí de las caballerizas para respirar un poco de aire fresco. Del interior de la iglesia, alumbrada por candelabros, emergía un cántico que se fundía con el alboroto de los grillos en la huerta. Era la paz del creador, pensé, que unía a todos los seres bajo la bóveda infinita del cielo.

El ruido de la cancela del monasterio me hizo volver a la realidad. Corrí hacia las caballerizas y me encontré al Toledano con la espada desenvainada, plantándole cara a dos hombres. Uno de ellos vestía un hábito eclesiástico, y se cubría con una capa que sujetaba una esclavina con la efigie del toisón. El otro, más alto y corpulento, lo secundaba con actitud mercenaria.

—Envainad vuestras espadas ante un representante de la Iglesia —amenazó el eclesiástico.

Miré al Toledano y le indiqué con los ojos que se mantuviese en guardia.

—Decidnos primero quién sois —repliqué.

—Mí nombre no es de vuestra incumbencia.

—Decid entonces qué buscáis en este monasterio.

—¿Acaso la expiación de vuestros pecados? —añadió el Toledano, con aquel sarcasmo que tantas pendencias le había costado a lo largo de su vida.



—Deseo que me entreguéis aquello que se os dio en Vigo y que ocultáis en las caballerizas. Tengo una autorización real.

La voz del religioso temblaba; era evidente que estaba acostumbrado a ser obedecido.

—Mostradme vuestras credenciales —le pedí.

Me tendió un sobre lacrado. Extraje un documento de su interior y lo leí con atención; estaba firmado por el secretario del rey.

—¿A qué esperáis? —añadió con impaciencia.

Dudé unos instantes. A pesar de las extrañas circunstancias en las que el almirante Velasco me había entregado la carga, y de mi deseo de deshacerme de ella, la ausencia del sello indicaba que aquel hombre no era su legítimo destinatario.

—Lo siento —dije, intentando aparentar tranquilidad—, pero no puedo daros lo que buscáis.

—¿Os negáis a obedecer una orden real?

El hombre se puso rojo como una granada. Me pareció que observaba la espada del Toledano, sopesando sus alternativas.

—Id en paz —dije con resolución.

—Volveremos a vernos. Os aseguro que pagaréis cara esta afrenta.

El eclesiástico se dirigió hacia la puerta del monasterio, seguido por su esbirro. Aquel encuentro no podía augurar nada bueno. Si el documento que había visto era legítimo, acababa de desobedecer una orden real y me había enfrentado con la Iglesia, todo ello al mismo tiempo. Por asuntos de menor gravedad podía acabarse en galeras o en un potro de tortura.

—¿Por qué tanto interés en este carro —me preguntó el Toledano—, cuando en los últimos días se embarcaron más de mil con los tesoros de la flota?

—No lo sé, pero estoy seguro de que volveremos a ver a ese eclesiástico, como me llamo Álvaro de Dávalos.

—Y no creo que venga solo —apuntó mi amigo—. ¿Qué hare-



mos cuando aparezca con un teniente de alguaciles o una compañía de soldados?

No supe qué responder. El cansancio acumulado en los días anteriores me agarrotaba el entendimiento.

—Si tenemos que arriesgar la vida —añadió el Toledano—, me parece justo saber el motivo.

Maldije aquella aventura en la que me había enrolado el almirante Velasco. Yo era cirujano y no soldado, y no estaba dispuesto a poner en peligro mi vida por aquella carga, por muy valiosa que fuese. Sin demasiado convencimiento le hice un gesto al Toledano para que me siguiese hacia las caballerizas.

El carro se hallaba al fondo de éstas, apoyado en el muro trasero. Me acerqué y empecé a deshacer los nudos que sujetaban el lienzo; algunos eran tan fuertes que tuve que usar mi daga para cortarlos. El Toledano seguía la escena con impaciencia y, si no lo hubiese conocido, habría dicho que incluso con avidez.

Conseguí levantar la gruesa tela y me asomé a su interior. Había esperado encontrar una montaña de plata y piedras preciosas, pero lo único que allí había eran varias cajas de madera sobre losas de pizarra. Hice saltar con la vizcaína los clavos de una de las cajas y descubrí en su interior varios bultos envueltos en gruesos lienzos.

Miré al Toledano inquisitivamente. Había algo de profanación en lo que estábamos haciendo, pero era demasiado tarde para detenerse. Tenso de expectación, tiré de la tela que cubría el bulto más cercano. Ésta se deslizó con lentitud y dejó al descubierto un rollo de tela. Al cogerlo noté que tenía una consistencia oleaginosa y transpiraba humedad. Desenrollé la tela y la extendí sobre un montón de paja. Tenía aproximadamente una vara de longitud. En ella apareció el cuerpo de una mujer desnuda, con una carnación rosada y la pose más sensual que había visto o imaginado nunca. Aunque había yacido con muchas mujeres en mi vida, reconocí en aquel cuerpo una invitación a la lujuria, una puerta hacia el paraíso y la perdi-



ción: el pintor no había retratado sólo a la joven que posaba para el lienzo, sino a la mujer creadora del mundo, a una diosa pagana por la que muchos hombres hubiesen aceptado la condenación de su alma.

—¿Y ahora qué hacemos? —me preguntó el Toledano.

—Atrancar la puerta e intentar dormir —respondí, todavía más desconcertado que él—. La luz del día nos dará la respuesta.

